
IGLESIA DIOCESANA

OBISPO

HOMILÍAS

Fiesta de san Juan de Ávila

Capilla del Seminario Mayor "Divino Maestro", 12 de mayo de 2021

¡Mis queridos hermanos en el sacerdocio! ¡Queridos seminaristas!

En especial quisiera saludaros a vosotros, los sacerdotes que celebráis las bodas de plata, oro y diamante de vuestra ordenación. Os felicito por vuestra fidelidad y, en nombre de la Iglesia en Ourense, os doy las gracias por vuestra entrega y servicio a la gloria de Dios y al bien de los hombres y mujeres de los pueblos que la Iglesia, por mediación del Obispo, os ha encomendado a lo largo de vuestros años de ministerio. Vuestra existencia personal ha sido querida por el Señor, el Dios que es amor, que la ha bendecido y le ha dado un sentido. Vuestra vida no solo ha sido y sigue siendo una simple sucesión de hechos y experiencias, por útiles e importantes que pudieran ser; vuestra vida es y ha sido una búsqueda constante por hacer realidad la voluntad de Dios que es tanto como decir, un deseo de tomar en serio el proyecto de santidad que Dios Padre ha trazado sobre vosotros desde el primer momento de vuestra existencia; por eso hoy estáis con nosotros celebrando el Sacramento del Amor de Dios.

Hace 75 años, el papa Pío XII declaraba a san Juan de Ávila, patrono principal, ante Dios, del clero secular español. Recordar esta efeméride es una ocasión más para dar gracias al Señor Resucitado por este "*Maestro de santos*" que nos enseña a descubrir, no sólo con el tenor de sus escritos, sino especialmente con su vida, cual es el auténtico camino que nos puede llevar a una Iglesia sinodal y misionera.

La experiencia espiritual de san Juan de Ávila, a pesar de los siglos que nos separan de su persona, sigue siendo una fuerza inspiradora para una Iglesia como la nuestra que está empeñada en renovarse a la luz del Espíritu. Para ello, queremos seguir el ejemplo de este santo sacerdote que nos ayuda a descubrir la necesidad de la escucha atenta de la Palabra de Dios, y a avanzar en el discernimiento comunitario que estamos realizando con el camino sinodal. Es verdad que san Juan de Ávila no participó, personalmente, en las sesiones del Concilio de Trento (1545-1563), pero no es menos cierto que su pensamiento y, sobre todo, su

estilo de vida sacerdotal tuvo una gran repercusión en la asamblea conciliar y se hizo presente en las decisiones finales.

Nosotros vivimos hoy, en la Iglesia y en el mundo, un cambio de época que está revolucionándolo todo. Me atrevería a decir que el Concilio Vaticano II, ya ha intuido y, de algún modo anticipado, la realidad de esta transformación, por eso nos propuso una reforma de la Iglesia; una *vuelta a lo esencial* -como nos recuerda con frecuencia el papa Francisco-; sin embargo, más de medio siglo después del Concilio, esta Iglesia, y nosotros en ella, todavía estamos luchando por lograr hacer más vivo y cercano, más misionero, el rostro de esta Iglesia. Sinceramente, pienso que esta es misión y tarea que durará toda nuestra vida.

En esta tensión espiritual, formativa y pastoral nos encontramos nosotros y, una muestra de ello, es el camino sinodal emprendido en 2016 y que, debido a la grave incidencia de la covid-19, nos hemos visto obligados a ralentizar en su marcha, una vez que habíamos experimentado que su dinámica estaba entrando, de manera positiva y esperanzadora, en el corazón y en la vida de muchos fieles. A pesar de todo ello, puede darse el caso de que todavía, entre algunos de nosotros, no nos hayamos dado cuenta de lo importante que es esta dimensión sinodal de la Iglesia. En realidad, esta experiencia consiste, ni más ni menos, que en recorrer aquel mismo proceso que realizaron los apóstoles y demás discípulos del Resucitado, después de Pentecostés. Ellos se dejaron convertir por el rostro vivo de Jesucristo, el Dios Vivo, y se esforzaron, incluso hasta dar su vida, por buscar la manera de hacer llegar a sus contemporáneos esa Buena Noticia.

Ahondando en la obra de san Juan de Ávila nos damos cuenta que este mismo proceso lo vivió él, acogiendo los decretos conciliares y animando a los obispos a que los hiciesen presentes, de una manera más concreta, a través de los sínodos diocesanos. En este sentido es hermosa la página del Oficio de Lectura que hemos meditado el día de su fiesta; en ella se nos ofrece una plática que él mismo envió al Sínodo Diocesano de Córdoba, en 1563.

Para vivir esta experiencia sinodal en la que nos encontramos, el Maestro Ávila -así se le llamó durante muchos años- , nos invita a dar varios pasos:

El primero es “dejar atrás” todo aquello que ofrece seguridades para poder romper con la inercia que nos lleva a caer en la tentación de repetir: ¡déjenos tranquilos! ¡esto siempre se hizo así! Necesitamos romper con estas ataduras que nos dan falsas seguridades y nos impiden ponernos en camino.

El segundo paso es “fiarse del Señor”. Esta actitud es imprescindible para caminar sin miedo. Con la experiencia sinodal no se pierde nada -nada que no esté ya perdido y muerto- sino que con esta dinámica nos ponemos en las manos del Señor y de la Iglesia para recorrer esa peregrinación existencial hacia un futuro inmediato, llenos de esperanza. No se trata de cambiar por cambiar, no es esto; se trata de vivir una conversión personal, previa y necesaria para poder llevar a

cabo una conversión pastoral que tanto necesitamos.

Y, un tercer momento, consiste en “estar abiertos a las señales” con las que nos encontramos mientras caminamos juntos y unidos. Para descubrirlas es imprescindible -nos diría san Juan de Ávila- desarrollar una relación personal con el Señor Resucitado, y hacerlo a través de su Palabra acogida, escuchada y contemplada en el marco de una experiencia cotidiana de oración. Cuando no somos capaces de comprender que el Sínodo Diocesano es un don del Espíritu a nuestra Iglesia, es porque nos falta esa tensión espiritual, esa vida interior, que nos capacita para poder descubrir que el modelo de la Iglesia propuesto por el Vaticano II es el de una Iglesia sinodal, un “*Pueblo de Dios en camino*”, como nos lo ofreció la constitución *Lumen Gentium*, cuya lectura meditativa os recomiendo.

Para ser cooperadores del querer del Espíritu Santo en su despliegue sobre la realidad de la que formamos parte -también la generada por el covid-19-, san Juan de Ávila nos ayuda a reconocer que las personas más importantes para realizar este proyecto de revitalización de las estructuras de nuestras comunidades eclesiales somos los sacerdotes que, abriéndonos al querer del Buen Dios, a través de la oración personal y comunitaria, del cuidado del sacramento de la Reconciliación -*Sacramento de la Alegría* le llamaba san Pablo VI- y de la atención a la formación permanente, que debe durar toda nuestra vida, nos convertimos en esos *agentes de sinodalidad* que pueden conseguir que nuestra Iglesia sea más viva y misionera.

¡Dios lo quiere! ¡La Iglesia nos lo pide! ¡Nuestra Diócesis lo necesita! No tenemos nada más que abrir nuestros ojos y extender nuestra mirada, aunque sólo sea en un análisis superficial sobre nuestros pueblos y sus gentes. Podemos caer en el desánimo y quedar afectados por la misma enfermedad que aqueja a muchos de nuestros fieles bautizados que viven como paganos; cristianos que en nada se diferencian de los que no lo son y lo mismo les vale una cosa que otra. Eso mismo nos puede afectar a nosotros, los sacerdotes. Me decía, en cierta ocasión, uno de nuestros hermanos sacerdotes: no nos damos cuenta, pero las mismas cosas que nosotros echamos en cara a nuestros fieles, nos están sucediendo a nosotros mismos, y ponía ejemplos concretos. Por eso, es muy importante que nos volvamos a reunir con la frecuencia establecida, en la medida en la que los protocolos sanitarios y las normas de la prudencia nos lo permitan, porque sólo así se hace expresiva la comunión y la fraternidad -la sinodalidad que es nombre de Iglesia- y, a través del contraste de pareceres y de planteamientos diferentes sobre la misma situación, vamos descubriendo nuestras formas de enfrentarnos con la realidad de nuestro entorno, aunque este sea negativo. Siempre aprenderemos a sacar bien hasta de las malas situaciones; pero esto lo conseguiremos si nos dejamos ayudar y luchamos por caminar juntos y vamos corrigiendo nuestra tentación autorreferencial, que siempre está al acecho.

Siendo sabedores de lo importantes que somos los sacerdotes en este proceso sinodal, os invito a que volvamos la mirada del corazón a Santa María, Madre del Divino Maestro, Madre predilecta de los sacerdotes, para que junto con san Juan de Ávila suplique al Dios Uno y Trino que *crezca la Iglesia en santidad por el celo ejemplar de sus ministros.*

¡Que así sea!

Misa de Ordenación Sacerdotal de D. José Manuel Heras Prado

Capilla del Seminario Mayor "Divino Maestro", 5 de junio de 2021

Mis queridos hermanos en el sacerdocio.

Diáconos, seminaristas, miembros de la vida consagrada. Hermanas y hermanos. Familiares y amigos del ordenando.

Mi querido José Manuel:

A medida que pasen los años -y ruego a Dios que sean muchos- siempre que recuerdes el día de tu ordenación, de manera especial en los momentos de pérdida de entusiasmo en tu vocación, momentos grises y críticos que, sin ninguna duda vendrán, como le acontece a todos, te ruego que recuerdes las palabras de la Escritura Santa que hemos proclamado hoy:

El Espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungido. Me ha enviado para dar la buena noticia a los pobres, para curar los corazones desgarrados (...) para consolar a los afligidos (Is 61,1-3).

Recuerda bien, y no te olvides nunca, que no has sido tú el que ha elegido este camino, sino que ha sido Él quien te ha elegido y te ha dicho en lo más íntimo de tu ser: ¡*Tú eres mío!* La certeza que nos da la Palabra del Señor se convierte para los llamados en un ancla segura de perseverancia. Eres propiedad de Dios. Y lo serás de hoy en adelante, para siempre. Serás sacerdote para siempre ¡Sacerdote para siempre! ¡Para siempre! Porque este es el querer de Dios y puedes tener la certeza de que Él no cambia su querer como nos acontece tantas veces a los hombres. El Dios de Nuestro Señor Jesucristo no muda su palabra.

Vas a ser ordenado en la Iglesia para ser sacerdote de Jesucristo, amando a la Iglesia a la que servirás como esposa fiel, y en ella y por ella anunciarás la Buena Noticia -el Evangelio vivo- que es el mismo Señor resucitado. Y no te olvides que *el Evangelio es el mensaje más hermoso que tiene este mundo* (cfr. EG n. 277). Y los mensajes están hechos para ser transmitidos, no como imposición, sino como una oferta, como una hermosa proposición. Pero para lograr actuar así, antes tenemos que dejarnos trasfigurar por ese mismo Evangelio, de ahí que hoy se te preguntará *¿realizarás el ministerio de la palabra, preparando la predicación del Evangelio y la exposición de la fe católica con dedicación y sabiduría?*

Para que ese Evangelio se convierta en carne de tu propia existencia es necesario que sea tu lectura cotidiana, tu estudio constante, tu *lectio divina* nunca olvidada. No basta con los estudios de tus años de Seminario. No caigas en ese error. La formación debe prolongarse toda nuestra vida ministerial. La Iglesia como madre y maestra siempre nos está pidiendo que estemos al día. Lo estamos viendo estos días. El Santo Padre Francisco, con la constitución apostólica *Pascite gregem*

Dei (Apacentad la grey de Dios) siendo consciente de que no estamos viviendo simplemente una época de cambios, sino un cambio de época, ha modificado el Libro VI del CIC y lo ha hecho no por capricho sino porque es necesario que las normas de la Iglesia respondan a los cambios sociales y a las nuevas exigencias que aparecen en el Pueblo de Dios. Esto quiere decir que tenemos la obligación de conocer y estudiar las normas establecidas por la Iglesia, normas que son vinculantes y que confieren unidad al Pueblo de Dios. Normas que reflejan la fe que profesamos y de ahí arranca la fuerza obligante de las mismas que fundándose en la fe manifiestan la materna misericordia de la Iglesia. En ocasiones, son precisamente nuestros hermanos laicos los que nos piden que vivamos esa unidad en el cumplimiento de esa normativa litúrgica, pastoral, doctrinal y canónica que garantizan la sinodalidad de la Iglesia.

No te olvides que tu vocación consiste en perseverar como buen sacerdote -sacerdote para siempre- y no en vivir como un funcionario de “lo sacro”. Para evitar este divorcio malsano, que es el causante de tantas claudicaciones y a veces traiciones a la palabra solemnemente pronunciada, es necesario ser fieles en cada momento de nuestra jornada a ese programa de vida, cuya eficacia hemos ido descubriendo durante nuestro periodo de formación. Por ello, así como debemos cuidar la oración, vivir la Liturgia de las Horas, prestar atención delicada a la confesión y a la dirección espiritual, jamás podemos olvidarnos de dedicar parte de nuestro tiempo semanal al estudio. Cuando no sepas qué hacer en tu destino pastoral durante las horas de la mañana, en las que habitualmente nuestros fieles están ocupados en sus cosas, no te olvides de que, en conciencia, estás obligado a dedicar parte de ese tiempo al estudio, viviendo la exigencia de un buen profesional, aun sabiendo que el sacerdocio es mucho más que una profesión, es un estilo de vida que configura toda nuestra existencia.

Si obras así, entonces estarás siempre preparado para curar, acompañar, sanar, ser buen samaritano. Y lo podrás hacer en la medida en que seas *luz del mundo y sal de la tierra* (Mt 5, 13-16). Y si vives en la ignorancia, nunca podrás ser luz, y tampoco podrás sazonar con la sal de tu existencia la vida de los hermanos que se te encomienden.

Por eso, hago mías las palabras del apóstol Pedro, que se han proclamado en esta liturgia de ordenación: *pastorea el rebaño de Dios que tengas a tu cargo, preocúpate por él, no a la fuerza, sino de buena gana, como Dios quiere; no por sórdida ganancia, sino con entrega generosa; no como déspota con quien te ha tocado en suerte, sino convirtiéndote en modelo del rebaño* (cfr. 1Pe 5, 1-4). Mi querido José Manuel: ¡créeme! esto era así en los tiempos de Pedro y también sigue siendo así en estos momentos en los que el nuevo Pedro se llama Francisco.

Antes te decía que el mensaje más hermoso que hemos de llevar a nuestros conciudadanos es el Evangelio. Te ruego que lo llesves con alegría. Así nos lo

recomienda el papa Francisco en esa exhortación programática *Evangelii gaudium*, que debes convertirla en punto fundamental de tu actuación pastoral. Es un mensaje que debes llevarlo con alegría. No te olvides que el Santo Padre llega a utilizar 59 veces la palabra alegría en este documento. A ti no te falta alegría. Pero no te olvides que esta cualidad brota del convencimiento de sentirse amado por Dios. Esta certeza es fundamental para vivir una existencia auténticamente alegre. Porque si buscamos el aplauso de los demás, o el ser bien considerados, o quizás que siempre nos aplaudan por lo que hacemos o decimos, entonces estamos perdidos, porque podemos estar ciertos que el camino de la alegría no está en el sentimiento egoísta y mucho menos en la autoreferencialidad, sino en el darse; porque sólo los que más disfrutan de la vida son los que dejan la seguridad en la orilla y se apasionan en la misión de comunicar vida a los demás, a los que son enviados sea cual sea el lugar y las circunstancias. Cuando la vida del sacerdote va llena de la certeza de que Dios y la Iglesia le envían, su tarea se convierte en causa de alegría y paz, a pesar de las dificultades con las que nos encontraremos.

En la *Evangelii gaudium* se lee: *La alegría (...) se adapta y se transforma, y siempre permanece al menos como un brote de luz que nace de la certeza personal de ser infinitamente amado, más allá de todo* (EG n. 6). Y la verdadera alegría crece en la medida en que nos entregamos al Señor y luchamos por querer a la Iglesia ¡Esta Iglesia! Tu Iglesia, no la del Obispo ni la de los vicarios y delegados episcopales, como si sólo de ellos fuese el negociado. La verdadera alegría crece cuando se despliega en un sinfín de posibilidades y nos abrimos a nuevos horizontes apostólicos. Como sacerdote, tu pastoral no sólo debes realizarla con los jóvenes y con los niños, sino también con los ancianos y, sobre todo con los enfermos; ellos se convertirán a lo largo de tu ministerio en verdaderas joyas que te ayudarán a adquirir un día, como nos recordaba el apóstol Pedro en la lectura antes proclamada: *la corona inmarcesible de la gloria* (cfr. 1 Pe. 5, 4), y además, descubrirás que, detrás de cada anciano o enfermo, te encontrarás también a los jóvenes, hijos y nietos, que se acercarán a ti al percibir el cuidado cariñoso con el que tratas a sus padres o a sus abuelos. Te invito a que cuides la cercanía con los últimos y así se hará realidad *como la alegría del Evangelio llenará el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús* a través de tu ministerio.

Que Santa María, Madre del Divino Maestro, y San José, tu especial patrono y protector, te ayuden en esta nueva singladura pastoral que hoy inicias en la Iglesia.

¡Que así sea!

**Ordenación de Diácono de D. Benjamín Alexander Moreno Castaño,
alumno del Seminario Diocesano Misionero “Redemptoris Mater”
de Ourense**

Catedral de San Martiño de Ourense, 12 de junio de 2021

Saludo con especial afecto a los miembros del Excmo. Cabildo de esta casa del Señor San Martín; a todos los sacerdotes, tanto diocesanos como extradiocesanos, que participáis en esta celebración. Gracias por vuestra presencia. Al veros, descubrimos, una vez más, la comunión de la Iglesia que como gran familia, que no tiene fronteras, se siente acogedora y querida.

Saludo a los diáconos y seminaristas, en especial a los del Seminario Diocesano Misionero “Redemptoris Mater” de Ourense.

A los miembros de la Vida Consagrada y de las Asociaciones de Vida Apostólica.

A los que vivís vuestro camino cristiano en las Comunidades Catecumenales.

Hermanas y hermanos, permitidme que me dirija a este seminarista, que a través de la imposición de manos del Obispo, será ordenado Diácono de la Iglesia.

Querido Benjamín:

Haciendo más las palabras de libro de Jeremías me dirijo a ti: *Antes de formarte en el vientre, te elegí; antes de que salieras del seno materno, te consagré* (Jer 1, 5).

Con qué paz interior tienes que acoger hoy, y siempre, estas palabras de la profecía, porque has percibido tantas veces cómo en la historia de tu vida el Señor, a través de una serie de mediaciones, te fue manifestando su rostro, su querer, su cercanía, y te ha confortado. Pero en estos momentos, tal como me manifestabas en la conversación que manteníamos anteayer, sé bien que sientes temor especial al emprender este camino, pero, al mismo tiempo en lo más íntimo de tu ser, tienes la certeza que te da tu fe, alimentada por la Palabra y por la gracia de Dios, y arropado por el rector, tus formadores y tus compañeros del Seminario, como he podido comprobar. El Buen Dios ha tomado la iniciativa en tu vida, te ha agarrado de la mano y te ha dicho: *mucho antes de que salieras del vientre de tu madre ¡tú eres mío!* Y, ante la grandeza de la iniciativa de un Dios que es ternura y misericordia, te sientes muy pequeño y, como el profeta, puedes decir: *¡Ay, Señor, Dios mío! Mira que no sé hablar, que solo soy un niño* (Jer 1, 6). Es verdad que pareces un niño, pero ya tienes 28 años y una larga historia de discernimiento de tu vocación en el Camino Neocatecumenal, en donde se alimentó tu fe y tu vocación, en donde has discernido tu vocación.

Amigo mío, todos -también quien te habla- delante de Dios debemos sentirnos como el profeta, ¡niños! Porque si nos sentimos así, niños pequeños delante de Dios, Él, que no falla nunca, ni pierde batallas, nos dirá, como te dice hoy a ti: *No digas que eres un niño, pues irás adonde yo te envíe y dirás lo que yo te ordene.*

No les tengas miedo, que yo estoy contigo -dice el Señor- Voy a poner mis palabras en tu boca (Jer 1, 4-9).

En este querer del Señor sobre nuestras vidas, tan pequeñas y pobres, se apoya nuestra confianza de que seremos fieles, en medio de las dificultades, si cuidamos constantemente los compromisos que hacemos en la Iglesia.

A través del ministerio diaconal, serás fortalecido con el don del Espíritu Santo, para ayudar al Obispo y a su Presbiterio en el anuncio de la Palabra, una Palabra que se entregará durante el rito de ordenación y se te dirá: *Recibe el Evangelio de Cristo, del cual has sido constituido mensajero; conviértete en fe viva lo que lees, y lo que has hecho fe viva enséñalo, y cumple aquello que has enseñado.* También se te encomendará el servicio del altar y el ministerio de la caridad, convirtiéndote en un servidor de los siervos del Señor.

A través de la imposición de las manos -gesto que ha sido heredado de los Apóstoles- quedarás vinculado con Cristo Víctima, Altar y Siervo de los siervos, pero, de manera singular, te ejercitarás en el ministerio de la caridad en nombre del Obispo, porque este es tu origen, tal como nos lo recordaba el texto de los Hechos de los Apóstoles: *Hermanos, escoged a siete de vosotros, hombres de buena fama, llenos de espíritu y de sabiduría, y los encargaremos de esta tarea* [el servicio diario de la caridad]; *nosotros nos dedicaremos a la oración y al servicio de la Palabra* (Hch 6, 1-7).

Hoy como ayer, el ministerio de la caridad, junto con el de la oración, debieran ser los servicios que tendríamos que cuidar con más dedicación y entrega. Nuestro pueblo y sus gentes nos lo están apremiando, de manera especial en estos momentos en donde a consecuencia de la pandemia no sólo nos encontramos con tanto miedo en la gente -y en nosotros-, a veces un miedo irracional, pero, además de esto son muchos los que están padeciendo graves necesidades en sus hogares, otros han perdido sus puestos de trabajo, también nos encontramos con personas que tienen ocupaciones laborales poco remuneradas, y algunas son indignas. Ser testigos de una Iglesia en salida y samaritana es, hoy más que nunca, un reto. La Palabra del Señor, más penetrante que espada de doble filo, hace que surja en nuestras vidas un deseo de salir al encuentro de nuestros hermanos y hermanas, sobre todo de los que nos necesitan.

Cuando nuestra oración personal y comunitaria se apoya y alimenta, sobre todo, de la Palabra de Dios y nos dejamos interpelar por ella, nos damos cuenta que nos ayuda a descubrir que el ministerio ordenado no nos convierte en dueños y señores, sino en servidores de Jesucristo, que se mostró servidor entre los discípulos, siguiendo la voluntad de Dios, acogiéndoles con amor, entrega y alegría aun sabiendo que le negarían y le traicionarían; así Jesús se convirtió en Siervo de los siervos. Pero, si quieres servir al estilo de Nuestro Señor Jesucristo, es necesario que nunca te olvides que toda impureza o afán de dinero y de poder

nos convierte en servidores de los ídolos y, paulatinamente, corremos el riesgo de caer en esa inercia pastoral, carente de amor, de ternura y de misericordia, de tal modo que sin darnos cuenta nos convertimos en simples funcionarios de lo sacro. Te lo aseguro, mi querido Benjamín, éste es el camino de la infidelidad y, por consiguiente, de la infelicidad. Te ruego que seas fiel a lo poco que te pide la Iglesia para que a través de tu ministerio diaconal, que no es para ti, sino para los hermanos, te dejes transfigurar por Aquel que es Siervo de los siervos y a través de tu vida seas un signo de la ternura de Dios.

El pasado jueves, en el marco de la Eucarística que celebrábamos en el Seminario, delante de tu obispo, de tus formadores y compañeros, has prometido, libremente, observar el celibato apostólico. ¡No tengas miedo! Sé que eres consciente que esta riqueza que te concede el Señor la llevas en una vasija de barro. Esta certeza te ayudará a estar siempre atento y vigilante, no de una manera tensa o enfermiza, sino como Aquel que sabe que ha entregado su vida por amor al Amor de Jesucristo, ¡y ahí está la clave del triunfo humano y sobrenatural de nuestro ministerio!

En medio de una sociedad erotizada y cargada de un fuerte paganismo en las costumbres que afecta también a la vida de muchos creyentes, desde tu entrega libre, el celibato será para ti símbolo y al mismo tiempo estímulo de tu amor pastoral y, por su puesto, en la medida en que seas fiel, te darás cuenta que esta realidad bien vivida, con alegría y entrega, será una fuente de fecundidad apostólica. Si luchas, dejándote ayudar por las mediaciones que la Madre Iglesia pone a tu alcance: la oración personal y comunitaria; la frecuencia del sacramento de la Penitencia; la dirección espiritual, más necesaria fuera del Seminario que durante nuestra etapa de formación; la Eucaristía diaria, bien preparada, vivida y celebrada; la cercanía a tus hermanos diáconos, sacerdotes y al Obispo. Si vives así serás capaz de vivir más fácilmente tu consagración, sin dividir el corazón, al servicio de Dios y de los hermanos y hermanas de nuestros pueblos. Y no te olvides que, a lo largo de tu camino de iniciación y discernimiento en el marco de las Comunidades Neocatecumenales, tu compromiso de fidelidad está asegurado si cuidas ese trípode que se fundamenta en la Palabra, la Liturgia y la Comunidad.

Querido Benjamín: vas a recibir el Orden del Diaconado en este sábado en el que la Iglesia celebra la memoria obligatoria del Inmaculado Corazón de María. Sabes bien que el modelo de la comunidad neocatecumenal es la *Sagrada Familia de Nazaret, lugar histórico donde el Verbo de Dios, hecho Hombre, se hace adulto creciendo en "sabiduría, edad y gracia", estando sometido a José y María (Estatuta, 7 § 2)*. Que bajo la custodia del Santo Patriarca, cuyo año jubilar estamos celebrando, aprendas a vivir y a compartir los sueños que Dios tiene para ti, para tu Seminario, para tu Comunidad y para esta Iglesia que peregrina por las cálidas tierras ourensanas. Cuando compartimos los sueños que Dios tiene para noso-

tros, y se los hacemos partícipes a los demás, -también ellos son un “sueño” de la ternura de Dios-, comprendemos mejor, y así se lo haremos ver también a ellos, que ese sueño de Dios sobre ti y sobre mí, sobre toda la Iglesia, es el sueño de la santidad. Que Santa María Madre -Redemptoris Mater- a la que veneramos en esta Catedral a través de esa bellísima imagen que se encuentra en el Pórtico del Paraíso: Virgen del Consuelo, se convierta para ti en esa Madre y Maestra que siempre estará a tu lado para que, siempre, a lo largo de tu vida estés cerca de Jesús y no le falles.

¡Que así sea!

**Solemne Eucaristía de Acción de Gracias
por el nombramiento de Mons. Francisco José Prieto Fernández,
Obispo auxiliar electo de Santiago de Compostela**

Catedral de San Martiño de Ourense, 7 de abril de 2021

Mi querido D. Francisco José, Obispo-auxiliar electo de Santiago de Compostela.

Mis queridos hermanos en el sacerdocio. Miembros de la Vida Consagrada. Seminaristas.

Autoridades aquí presentes.

Familiares y amigos de Mons. Prieto Fernández.

Queridos hermanos y hermanas:

Las circunstancias que estamos viviendo, a causa de la pandemia que nos afecta a todos y que nos ha llevado a alterar y posponer casi todas las actividades programadas para el curso 2020-2021, incluso las sesiones últimas de nuestro Sínodo Diocesano, nos han obligado a aguardar hasta el último momento para organizar este acto. No obstante, desde que conocimos la noticia, estimamos que el mismo era necesario, toda vez que no sólo respondía a una iniciativa del Obispo de esta Iglesia y a su Equipo de Gobierno, sino que, muchos sacerdotes, religiosas y fieles laicos, que expresaron su deseo de manifestar su acción de gracias a Dios por el nombramiento episcopal de D. Francisco José Prieto Fernández, esperaban este evento. Como hijos de esta Iglesia, no hemos encontrado una celebración mejor para expresar este agradecimiento que unirnos, en comunión, para celebrar y vivir la Santa Eucaristía. Siendo conscientes de que el misterio de la Iglesia es en resumen todo el Misterio que nos envuelve desde la perspectiva de la fe. Es por excelencia nuestro propio misterio. Nos abraza por completo. Nos rodea por todas partes, ya que Dios nos ve y nos ama en su Iglesia, ya que es en Ella en donde Él nos quiere y donde nosotros le encontramos, y en ella es en donde también nosotros nos adherimos a Él, donde Él nos hace felices y donde Él nos desvela su rostro en el del hermano más vulnerable¹. Y, *los hombres no hemos sido creados para la Iglesia, sino que la Iglesia ha sido creada para los hombres*². Es precisamente esta *Iglesia la que hace la Eucaristía; pero es también la Eucaristía la que hace la Iglesia*³, de ahí que, como creyentes en el Resucitado, es para nosotros muy importante reunirnos para celebrar la Eucaristía a fin de dar un sentido pleno a nuestra acción de gracias por este hermano nuestro que, por designio de Dios, ha llegado a la plenitud del ministerio ordenado. Estos acontecimientos así celebra-

1 Cfr., Henri de LUBAC, *Meditación sobre la Iglesia*, p. 46.

2 PIO XI, *Discurso a los predicadores cuaresmales*, Roma, 28 de febrero de 1927.

3 Henri de LUBAC, o.p., p. 112.

dos nos hacen *ser, sentir y vivir* mejor nuestro ministerio y son signo efectivo de nuestro espíritu de comunión eclesial. Cuando en una Iglesia que lucha por tener un rostro sinodal no damos importancia a estos actos, los trivializamos o, lo que es peor, los desacreditamos, incluso con nuestras ausencias injustificadas, entonces es este un signo elocuente de que algo no va bien en nuestro camino eclesial.

En estos últimos años, dos hijos de esta Iglesia en Ourense, fueron llamados al ministerio episcopal, Mons. Carballo y Mons. Zon, los dos pertenecientes a la vida consagrada; sin embargo, desde la ordenación episcopal de Mons. Camilo Lorenzo, obispo que fue de la Diócesis hermana de Astorga, que tuvo lugar en 1995, no había sido elegido obispo, hasta ahora, un miembro de nuestro Presbiterio Diocesano. Después de veintiséis años el Santo Padre Francisco ha llamado a uno de nuestros hermanos sacerdotes para ser Sucesor de los Apóstoles y ejercer el ministerio episcopal en esta tierra de Galicia. Como cabeza de este Presbiterio siento un profundo orgullo y una gran satisfacción por esta elección porque el Espíritu del Señor se ha fijado en uno de los sacerdotes de esta gran familia que es nuestro Presbiterio. A partir de este momento, como seguro ya lo estáis haciendo a lo largo de estos dos últimos meses, os ruego que acompañéis a este hermano nuestro con la oración y el afecto, porque al obispo se le pide y exige mucho. Debe ser padre, hermano, amigo. Por exigencias de su llamada está destinado a ser maestro y pastor. A él le corresponde la tarea de ser profeta, testigo y servidor de la esperanza, sabe muy bien que sólo con la luz y el consuelo que provienen del *Evangelio vivo* que es Nuestro Señor Jesucristo conseguirá mantener viva la propia esperanza y alimentarla en aquellos que le son confiados.

El Concilio Vaticano II afirma que el sacerdote elegido se incorpora al Cuerpo de los Pastores mediante la Ordenación episcopal que le confiere la plenitud del Orden, con los oficios de enseñar, de santificar y de regir en nombre de Jesucristo, Maestro, Sacerdote y rey, los cuales, sin embargo, por su misma naturaleza no pueden ejercerse sino en comunión jerárquica con la Cabeza y los miembros del Colegio Episcopal. Por otra parte, aquel que es llamado al ejercicio del ministerio episcopal debe ser consciente de que tiene que predicar una esperanza que brota de la Cruz que se ha convertido para la Iglesia en “árbol de vida”, tal como lo hemos vivido en la tarde del Viernes Santo en la liturgia de ese día. Como bien decía san Agustín: *Vuestra esperanza no esté en nosotros, no esté en los hombres. Si somos buenos, somos siervos; si somos malos, somos igualmente siervos; pero si somos buenos, somos servidores fieles, servidores de verdad. Ministros del Evangelio para la esperanza del mundo* (PG, 5 final).

Mi querido hermano: has vivido en esta Iglesia una experiencia sinodal que has acogido con gozo y entusiasmo, has trabajado, reflexionado y apoyado al obispo y a tus hermanos sacerdotes, religiosas y demás fieles laicos en esta singladura de la sinodalidad; sabes bien que esta experiencia ha sido un reto enriquecedor para

ti y para todos los que seguimos embarcados en este proyecto de comunión. A partir del próximo sábado, vas a servir en una Iglesia que ya ha vivido esta experiencia sinodal, hace aún pocos años, y se esfuerza por realizarla y vivirla en la existencia cotidiana; estoy por asegurar que lo que aquí has vivido te ayudará a descubrir que el obispo debe fomentar la comunión misionera, tarea nada fácil en un mundo cargado de individualismo y de personalismos autoreferenciales que se convierten en obstáculos para la sinodalidad dentro de los Presbiterios. Por eso, como nos recuerda el papa Francisco, el obispo *estará delante para indicar el camino y cuidar la esperanza del pueblo, otras veces estará simplemente en medio de todos con su cercanía sencilla y misericordiosa, y en ocasiones deberá caminar detrás del pueblo para ayudar a los rezagados y, sobre todo, porque el rebaño mismo tiene su olfato para encontrar nuevos caminos* (EG, n. 31).

Sabemos bien, por experiencia propia, que se va aquilatando con el paso de los años, que toda vocación es un movimiento del Espíritu que dura toda la vida. Quien se deja llevar por él vive, con pasión y, a veces con sufrimiento, la belleza de la llamada en cada momento de su existencia. Cuanto más conoces a Jesús, más te atrae su ministerio; cuanto más lo encuentras, más fuerte es el deseo de buscarlo. En el camino de tu vida personal, siempre luchando por convertirte de forma renovada, para dar respuesta esperanzada a todos los hermanos, estoy por asegurar mi querido D. Francisco José, que ya estabas perfectamente situado en el ámbito de la docencia, acompañando al obispo en la nueva tarea evangelizadora, a la que nos está invitando la Iglesia en estos momentos; ahora que estabas encontrando una visión propia de la teología de la historia y, en especial de la Iglesia en la historia, apoyada en la reflexión de los Padres, te has encontrado, sin esperarlo, con una nueva llamada que la Iglesia, a través del Santo Padre, te ha dirigido. No te olvides del día de tu ordenación sacerdotal: *Dios que comenzó en ti la obra buena el mismo la lleve a plenitud*. Ahí encontrarás tu fuerza y tu estilo de vida: hacer la voluntad del Señor en la Iglesia que te llama, te ama y te necesita. Una Iglesia que, porque te ama, también, en ocasiones, te hará llorar.

A través de tus clases y de tus escritos, de manera especial en la introducción que has hecho a la *Guía Diocesana*, y, de manera especial en el trabajo que aparecerá en el libro de *Los Sínodos de la Iglesia en Ourense*, que ya está impreso y que será entregado, Dios mediante, en la clausura del Sínodo Diocesano de Ourense, y de otras publicaciones, siguiendo en la línea de la fecunda Tradición de la Iglesia y contando con la enseñanza luminosa de los Padres, nos has presentado a la Iglesia como esa encarnación de Cristo prolongada en la historia y, al mismo tiempo, como una Iglesia que también es humana y su renovación solo puede acontecer mediante el retorno a las fuentes antiguas. Mediante el estudio de los Padres de la Iglesia y la entrega a una forma de existencia en la que se viva la fe tan en serio como lo habrían hecho los primeros cristianos, nos has ayudado a

descubrir que, al igual que Dios, lo cristiano existe perpetuamente, tan solo los hombres ocupamos un momento en el despliegue de la historia; en ocasiones, ni siquiera quedará un simple recuerdo de nuestro paso. Sólo Dios, sólo la Iglesia. Dios ha creado el mundo -tal como contemplábamos en la primera lectura de la Vigilia Pascual entresacada del libro del Génesis- y lo creado por pura bondad y para su gloria, y así se hace efectivo aquello que san Ireneo dijo de una manera muy hermosa: *La gloria de Dios consiste en que el hombre viva y la vida del hombre consiste en la visión de Dios*. De ahí que se nos invite a reconocer esa gran verdad: ***Deus facit, homo fit***. Es decir, *Dios hace, el hombre se deja hacer*. Los que por don de Dios hemos recibido en la Iglesia el ministerio somos conscientes de que solo si nos dejamos hacer por el don de la gracia seremos instrumentos adecuados de la voluntad de Dios sobre nosotros, sobre nuestros pueblos y sus gentes. Mi querido D. Francisco José he podido encontrar en ti no sólo un buen colaborador, fiel, trabajador y honesto, sino un hermano que me ha ayudado a acoger la voluntad del Señor en mi vida, sobre todo en los momentos complejos que hemos vivido desde el inicio de mi ministerio pastoral en esta nuestra querida Iglesia auriense. Soy consciente, además, que toda esta experiencia vivida en estos últimos ocho años ha cristalizado en tu alma de pastor y te ha ayudado a descubrir lo que es esencial en la Iglesia; esa misma experiencia te será de gran utilidad en tu nuevo ministerio pastoral. De hecho, el lema episcopal que has escogido, después de haber meditado en la vida y en la obra del gran Ireneo de Lyon, sintetiza muy bien lo que estoy diciendo.

Sequi Salvatorem participare est salutem. Seguir al Salvador es participar de la salvación. He aquí, bellamente sintetizado, lo esencial de nuestra vida cristiana y el faro de nuestro ministerio ordenado al servicio del Pueblo santo de Dios. ¡Seguir al Salvador! En el texto de Lucas que acabamos de proclamar, “el pasaje de Emaús”, descubrimos cómo el mismo Señor, aunque en un primer momento no fue reconocido por aquellos caminantes desmotivados, desalentados y con una crisis de realismo tan grande que les impedía ver la auténtica realidad del mismo Dios Salvador, del Crucificado-Resucitado, que les acompañaba, fue reconocido por el gesto de partir el pan. Jesús, el Resucitado, se hace presente, como ese peregrino desconocido que, a través de las mediaciones de la Iglesia, enardece nuestro corazón mientras le dejamos que nos hable en el camino y nos explique las Escrituras. Sólo él puede darnos las fuerzas necesarias para anunciar la verdad de la resurrección; es decir, nos da las fuerzas para convertirnos en auténticos testigos misioneros, que es lo que se pide a todo cristiano y, de manera especial, a un pastor.

Cada vez que tengo la gracia de presidir la Eucaristía en esta catedral-basílica de san Martín -¡que siempre será tu casa!-, invito a todos los fieles a que se acerquen con la mirada del corazón a nuestro Pórtico del Paraíso y que descubran, en

lo alto de la columna central, sobre el Santiago sedente, una pequeña imagen que tiene como advocación Nuestra Señora del Consuelo. A la que es Santa María Madre, Señora del Consuelo, te encomendamos, para que Ella te acompañe con su ternura y te muestre siempre al fruto bendito de su vientre: Jesús.

¡Que así sea!

ESCRITOS

CANTATE DOMINO

Antología de documentos de la Iglesia sobre la música desde 1903

La reflexión sobre la cultura religiosa de todas las épocas, nos ayuda a descubrir que, cuando abrimos nuestra inteligencia a ese amplio horizonte de la humanidad, nos encontramos hermosas obras de literatura, escultura, arquitectura y otras nobles realidades creadas por el genio humano; sin embargo, en ninguno de esos ámbitos como en el cristianismo, y de manera especial en el Catolicismo, se han podido encontrar manifestaciones tan excepcionales como las creaciones musicales: del gregoriano a Palestrina, de Tomás Luis de Victoria a Bach, Mozart, Beethoven, Bruckner. Es verdad que la música supera con mucho el ámbito de lo religioso, sin embargo, es en la vida litúrgica de la Iglesia en donde se encuentran las más grandes y sublimes creaciones musicales de todos los tiempos, que superando la esfera del espacio y del tiempo se han convertido en piezas clásicas del genio musical que le confieren una perenne actualidad. La búsqueda del Dios verdadero cuyo camino se encuentra en Cristo, que en virtud de su encarnación no sólo asumió lo humano, sino que también dio un sentido nuevo a toda la realidad de la naturaleza, ha llevado al hombre a sumergirse en la poesía, en la iconografía, en la naturaleza, en la música, intentando encontrar las sendas del espíritu que le acerquen a ese Dios que es Verdad y Vida, y que sigue cautivando el corazón y la inteligencia de tantos hombres y mujeres a lo largo de la historia de esta humanidad que se sintieron fascinados por el Absoluto¹.

El Vaticano II ha dedicado todo un capítulo a “la música sagrada”² y manifiesta que es un *tesoro de valor inestimable que se debe conservar e incrementar*; sin embargo, al mismo tiempo insiste, con mucha claridad, llegando a convertirla en una categoría litúrgica fundamental, que es necesario lograr una participación activa y fructuosa de todos los fieles en las acciones sacras. Como se puede comprobar, en la constitución litúrgica se mantiene una relación cordial entre un aspecto y el otro; sin embargo, de todos es sabido que, en la aplicación práctica de estos principios llevados a cabo en el postconcilio, la situación fue problemática. El magisterio pontificio se ha ocupado, en numerosas ocasiones, de la música y de subrayar su importancia en la vida de la Iglesia. Precisamente, ha sido la lectura de la constitución *Sacrosanctum Concilium*, en su número 112, el motivo inspirador de la obra que ponemos en sus manos. La Iglesia nos recuerda que la música *constituye una parte necesaria e integral de la Liturgia solemne*, sin embargo, en

1 Cfr., O. VALADO DOMÍNGUEZ, *Manuel García Morente. Una vida a la luz de la correspondencia con José Ortega y Gasset*, Salamanca 2020, p.93-95.

2 Cfr., Concilio Ecuménico Vaticano II, Constitución “*Sacrosanctum Concilium*”, 112-121.

bastantes ocasiones no se le ha dado la importancia que tiene, ni se la ha tratado de forma adecuada, a pesar de la documentación que avala esta afirmación.

Cuando, en el año 2017, el joven sacerdote D. Óscar Valado Domínguez, se incorporó al Secretariado de la Comisión Episcopal de Liturgia, como responsable del área de música, nos ofreció a los obispos de la mencionada Comisión, un proyecto muy interesante y ambicioso que consistía en la publicación de una Antología de textos del magisterio pontificio sobre la música. Conscientes de que muchos de ellos eran ignorados por la mayor parte de los fieles, tanto pastores como laicos, intuimos que la propuesta era muy interesante y la acogimos con ilusión. Además, se nos hizo ver que la obra proyectada era en sí mismo original porque, hasta el momento, en el ámbito hispanohablante no se había publicado ningún trabajo de estas características.

Después de tres años de intenso trabajo, en el que se buscó la colaboración de diversos especialistas, por fin, en el 2020, año problemático a causa de la pandemia que nos afectó gravemente a todos, llegándonos a confinar en nuestros hogares, D. Óscar nos entregó todo el material recogido, estudiado, bien presentado y con todo el aparato crítico correspondiente, además de unos cuidados índices que confieren a la obra un valor excepcional, no sólo para los especialistas en el ámbito musical, sino para todos aquellos que quieran saber lo que el magisterio ha dicho sobre esta materia.

CANTATE DOMINO. ANTOLOGIA de documentos de la Iglesia sobre la música desde 1903. Son un total de 253 documentos divididos por pontificados. Cada uno de ellos va precedido de una introducción realizada por algún especialista en el pontificado correspondiente. Además, como en un apéndice, se incluye una referencia a la música de todos los libros litúrgicos y otros materiales publicados por la Conferencia Episcopal Española, después de la reforma litúrgica. Reunir todo este material en un solo volumen hace de esta obra, de un millar de páginas, aproximadamente, una antología completamente novedosa, ya que no existe ninguna publicación, en ninguna lengua moderna, que reúna más de un siglo de documentación sobre música y que abarque desde el pontificado de san Pío X al actual papa Francisco. Felicitamos y agradecemos a D. Óscar Valado Domínguez que ha sido no solo el impulsor de esta idea, sino el director y coordinador de esta obra, que generosamente ha puesto al servicio de la Iglesia en España, a través de la Comisión Episcopal de Liturgia de la Conferencia Episcopal Española, para que sirva como el *Denzinger* español para todas las cuestiones relacionadas con la música en la Iglesia.

J. Leonardo Lemos Montanet
Obispo de Ourense
Presidente de la Comisión Episcopal de Liturgia

EN LA REVISTA DIOCESANA COMUNIDADE**Abril*****La fuerza de la Pascua***

Entre las tinieblas que, a veces, parecen envolvernos y quieren aplastarnos, surge siempre la aurora de la esperanza. Cuando “Comunidade” llegue a vuestras manos estaremos celebrando gozosamente la Pascua del Señor. Ni la pandemia ni nada podrá eclipsar la fuerza y el resplandor del Resucitado. Este año la alegría de la Pascua, que hunde sus raíces en el misterio fecundo de la Cruz del Redentor, del Crucificado-Resucitado, ha sido desbordante.

En la “Noche Santa” de la Vigilia Pascual un pequeño grupo de adultos reciben los sacramentos de la iniciación cristiana. Ante los datos, a veces tozudos, de una realidad que parece querer convencernos de la desaparición del hecho cristiano en nuestra sociedad, nos encontramos, tanto entre nosotros como en otros lugares allende nuestras fronteras, con un nuevo amanecer de los seguidores del Resucitado. ¿Acaso nos hemos olvidado de esas imágenes tan elocuentes que hace tan solo unas semanas, a través de los medios, han llegado hasta nosotros? Me refiero a la peregrinación del papa Francisco a Irak. El ejemplo es aleccionador. Un hombre anciano, de 84 años, en medio de la pandemia, se pone en camino como peregrino de la paz y se acerca a una nación tan problemática como Irak.

La esperanza y, al mismo tiempo, la valentía que se apoya en una absoluta confianza en la providencia de Dios, le han llevado, después de cinco horas de vuelo, para encontrarse con una población que se está recuperando de una experiencia martirial que ha “crucificado” a gran parte de la población cristiana. Cuando contemplábamos las imágenes de los distintos encuentros del papa nos encontrábamos con unos fieles eminentemente jóvenes, algo que llama la atención de los que vivimos en esta parte del mundo occidental en el que constatamos que, mayoritariamente, los fieles que acceden al templo son de edad avanzada. La Pascua del Resucitado quiere abrir las puertas de nuestras existencias y de nuestros templos a esa realidad que acontece en la Pascua. Me refiero a las celebraciones del sacramento de la Confirmación. El curso pasado no hemos podido conferir este sacramento por las dificultades de todos conocidas. La Confirmación es uno de los sacramentos de la Iniciación Cristiana que nos habla de la perenne juventud de la Iglesia.

Es verdad que, en ocasiones, muchos de estos jóvenes, después de la Confirmación, dejan de participar en la vida de la comunidad cristiana, es decir, en cada una de sus parroquias respectivas. Los sacerdotes y los catequistas se esfuerzan por vivir, constantemente, esa “valentía creativa” para ofrecer distintas opciones a esos jóvenes y adolescentes. Si todos los sacramentos hunden sus raíces en la

Pascua del Resucitado, entre ellos, la Eucaristía es el centro hacia el que tienden todos ellos, porque la Eucaristía hace la Iglesia y, por ello, es la cumbre de nuestra unión con Jesucristo. Todos los esfuerzos que podamos hacer para que nuestros jóvenes confirmados sientan y perciban la fuerza, importancia y belleza de la Eucaristía serán un gran acierto. Este sacramento en el que ya no solo se nos da la gracia, como en cualquier otro, sino que en ella se nos entrega el mismo Cristo vivo, tenemos que relacionarlo con el acompañamiento de estos jóvenes.

Somos conscientes de que vivimos en un entramado familiar, social, educativo y político muy complejo. Los resultados estadísticos que nos hablan de algunos comportamientos que afectan a nuestros niños y jóvenes nos preocupan a todos, especialmente a muchos padres; de ahí que, en la mayor parte de los colegios, tiene una gran importancia el gabinete psicopedagógico y de orientación vocacional. Y yo me pregunto, ¿qué hemos hecho hasta ahora en las parroquias? Es verdad que una buena preparación y ofrecimiento del sacramento de la Reconciliación era, y sigue siendo, un ámbito en el que se podría lograr ese acompañamiento. Pero no es menos cierto que, incluso entre los mismos pastores, hemos devaluado la manera en la que presentamos este Sacramento de la Alegría.

Os invito a todos, pastores y laicos, a que nos esforcemos en convertir en un objetivo de nuestra tarea pastoral el ofrecimiento de este sacramento. Dedicemos tiempo, busquemos los lugares y los horarios adecuados; sería necesario repetir más veces a lo largo del año el esquema de “24 horas para el Señor”, ocasión que este año se nos ha pasado a causa de las normas protocolarias de no realizar ninguna clase de actividad a partir de las 22:00 horas. Sin embargo, a lo largo de la mañana y de la tarde, se podría volver a realizar esta propuesta del papa Francisco que este año, en esas “24 horas para el Señor”, nos invitaba a adorar y a confesarnos a pesar de la pandemia. La Pascua siempre es novedad, aunque lo que se nos ofrece o hagamos sea lo mismo de siempre. Y esa novedad brota del Resucitado, de un Dios vivo. Esta verdad tiene que convertirse en el motor de toda nuestra existencia y de toda la actividad pastoral.

Con afecto os bendice y se encomienda a vuestras oraciones,

J. Leonardo Lemos Montanet

Bispo de Ourense

Mayo

Hay que dar la cara por la vida

Pueden encontrar una versión más amplia de esta carta en el número 65 de Pastoralía. La programación Diocesana de Pastoral 2020-2021 escogió como lema: Hemos puesto nuestra esperanza en Cristo (1 Cor 15,19). El verano pasa-

do, tras vivir el confinamiento, escogimos la idea de la esperanza como leitmotiv de todas nuestras actividades. Creíamos que deberíamos hacer llegar este mensaje a todos los hijos e hijas de esta Iglesia en Ourense en medio de tanta desesperanza y experiencias dolorosas que nos llenaron de temores. Toda la sociedad parece estar en constante expectación en relación a una vacuna que unos ven como un talismán prodigioso que garantiza la liberación del virus y otros como una amenaza de algún poder misterioso.

Mientras estamos centrados en estas cosas, da la sensación de que hemos apartado lo esencial en nuestra vida. Como creyentes, han pasado a segundo término, o quizás, han desaparecido en el horizonte, aquellas cuestiones fundamentales de nuestra vida de fe, algo que en otras situaciones de graves epidemias acaecidas en la historia no se había observado en el comportamiento de los hombres y mujeres de Iglesia. Parece que cada vez más se está experimentando un pernicioso individualismo que se convierte en regla máxima de esta sociedad posmoderna y super laica, que presume de ser una “sociedad de progreso”.

A pesar de todo ello, hemos descubierto signos esperanzadores de fraternidad, comunión, entrega y heroísmo que se han podido contemplar en tantas personas anónimas que engrandecieron al ser humano a través del voluntariado, o de su entrega generosa en sus puestos de trabajo y que son signos de optimismo y esperanza. En estos procesos, la Iglesia siempre estuvo presente a través de sus sacerdotes y de tantos hombres y mujeres que, impulsados por el dinamismo de su fe, supieron descubrir el rostro de Jesús en los más necesitados, en las personas solas y abandonadas, en los más vulnerables. Nuestro “yo” personal vive distendido en el presente, entre un pasado que fiamos a la misericordia de Dios, y un futuro que es pura providencia.

Ante esta situación, la Iglesia, como profeta en medio de este mundo, quiere salir a nuestro encuentro y desea despertarnos de esta pesadilla para que sepamos contemplarla con una mirada distinta. Todo acontecimiento vivido en la comunión de la Iglesia es una nueva ocasión de gracia y se convierte en un hermoso amanecer. En estos momentos de tanto dolor y con tanta precariedad laboral y económica, tenemos que dejarnos llevar de la dimensión creativa de la caridad y saber descubrir cómo podemos responder, personal y comunitariamente, a tantas necesidades. Existe, también, otro camino cotidiano que debemos aprender, que es la cultura del cuidado, esa exigencia que nos lleva a descubrir lo importante que son nuestras pequeñas acciones cotidianas para cuidarnos a nosotros mismos, a las personas que nos rodean, a nuestro entorno físico y a todo el cosmos. Desde esta perspectiva se puede entender lo importante que es decir palabras de aliento, que reconfortan, que fortalecen, que consuelan, que estimulan, en lugar de palabras que humillan, que entristecen, que irritan, que desprecian (papa Francisco, Carta encíclica *Fratelli tutti*, n. 223).

A pesar de todas las crisis experimentadas, somos conscientes de que se han hecho grandes esfuerzos tanto en la catequesis como en la predicación para revitalizar no sólo la praxis, sino también la importancia del sacramento de la Penitencia. Los centros de atención pastoral y de referencia, ya sea de las Unidades de atención parroquial, como de las zonas pastorales, son ámbitos de encuentro y de sanación, tanto de los laicos, como de los miembros de la vida consagrada y de los mismos sacerdotes. En esos espacios eclesiales encontraremos esos ámbitos que todos deseamos y necesitamos, tanto para superar las fronteras de la soledad, como para poder ofrecer puntos de referencia en donde los fieles puedan ser atendidos y escuchados y se pueda llevar a cabo ese arte del acompañamiento espiritual, que ha sido a lo largo de la historia de la Iglesia cauce y germen de vocaciones a todos los estados de vida cristiana. Además de estos centros, conviene no olvidar los muchos santuarios que existen en nuestra Diócesis, así como la Iglesia Catedral y algunos templos especialmente significativos. Aprender a mirar a Cristo es el camino. Las circunstancias adversas por las que está pasando todo este mundo globalizado pueden aplastarnos y llevarnos a encerrarnos en nosotros mismos.

En esta situación, el camino que nos propone la Iglesia, que es el de siempre, se nos ofrece hoy a través de una serie de nuevos matices que constituyen esa cultura del cuidado que nos hará libres de verdad. Cuidémonos de nosotros mismos, teniendo como modelos e intercesores a San José, a quien encomendamos de manera especial a quienes carecen de trabajo, y a María, nuestra madre, cuyo mes celebramos con tanto fervor en nuestra Diócesis.

Con afecto os bendice y se encomienda a vuestras oraciones,

J. Leonardo Lemos Montanet

Bispo de Ourense

Junio

Construir y compartir un sueño

Releyendo la encíclica *Fratelli tutti* del papa Francisco, casi al principio de la misma me encontré con un texto que desearía compartir con vosotros. El Papa recoge un pensamiento que había dirigido a los jóvenes en Skopie (Grecia, 7 de mayo de 2019), animándoles a descubrir la importancia que tiene una comunidad que nos sostenga y, al mismo tiempo, en la que nos ayudemos unos a otros a caminar hacia delante. En este sentido, les invita a “soñar”. Pero les dice que es importante “soñar juntos” porque si nos dejamos llevar de nuestros sueños, corremos el peligro de caer en espejismos, en los que se ve lo que no hay; por eso, termina diciéndoles que “los sueños se construyen juntos”, porque en realidad

los auténticos sueños no son nuestros sino de Dios para nosotros, para la Iglesia en Ourense que peregrina en medio de “las tribulaciones del mundo y los consuelos de Dios”. Uno de esos sueños ha comenzado en el año 2016, es el Sínodo Diocesano.

El Sínodo ha sido y sigue siendo un gran sueño de sinodalidad para nuestra Iglesia particular. Esta experiencia ha constituido una serie de espacios de encuentro y de escucha, a través de los grupos sinodales, donde hemos descubierto que todos somos necesarios para llevar a cabo la nueva tarea evangelizadora y que la Iglesia es esa gran familia que sí nos importa, que sí queremos y que nos resulta imprescindible para vivir nuestro encuentro con Jesucristo. Cuando nuestro camino sinodal había adquirido un ritmo de cierto entusiasmo, nos vimos sorprendidos por la covid-19. Esa dolorosa realidad, todavía presente en la sociedad y en nuestras vidas, nos está llevando a adoptar medidas extraordinarias en nuestras conductas personales, sociales y, por consiguiente, también eclesiales.

La Iglesia, como hogar de hogares, es consciente de las graves heridas que esta pandemia está generando en nuestro mundo. Nadie puede ignorar los problemas sanitarios, económicos, laborales, sociales y, sobre todo, personales. Se espera que la Iglesia sea, en medio de encrucijadas dolorosas y de incertidumbres existenciales, como esa compañera en el camino de la vida que, como un Buen Samaritano, nos ayude a no caer en la indiferencia ante los graves problemas con los que nos encontramos y que nos esforcemos por encarnar el mensaje del Evangelio de la ternura y de la misericordia. Podemos pensar que, ante esta situación, que nos está afectando a todos de una o de otra manera, el Sínodo Diocesano se convierte en una anécdota del pasado. Si pensamos así estamos muy equivocados.

Cuando me dispongo a escribiros estos pensamientos, tengo presente el comunicado que he recibido esta mañana en el que, de parte del papa Francisco, se nos invita a participar activamente en el próximo Sínodo de los Obispos que, curiosamente, tiene como eje de reflexión, lo que en nuestra Iglesia local nos lleva ocupando estos cuatro últimos años: Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión. En estos momentos, en los que, en medio de la pandemia, estamos reactivando el Sínodo Diocesano, la invitación del Santo Padre es un revulsivo para nuestros miedos y temores. Queremos seguir trabajando y viviendo esa conciencia de sinodalidad que hemos descubierto con gozo en los últimos encuentros y en las sesiones sinodales. Queremos abrirnos a formas nuevas de participación sinodal de tal modo que si no es factible que los grupos sinodales se reúnan como lo habían hecho hasta el momento, sí les animamos a todos: sacerdotes, miembros de la vida consagrada, seminaristas, miembros de los grupos apostólicos, Acción Católica, asociaciones, movimientos y nuevas formas religiosas, así como a los fieles laicos que sois la mayoría en la Iglesia, a que os dejéis llevar de esa creatividad tan propia del Don del Espíritu a su Pueblo y,

a través de los medios que tenemos en nuestras manos, los wasaps y los correos electrónicos hagáis llegar vuestras reflexiones y sugerencias. Los sueños son de Dios para nosotros, para la Iglesia en Ourense que a través del Sínodo Diocesano quiere lograr vivir un renovado Pentecostés.

Sueño, al igual que muchos de vosotros, conquie también los jóvenes puedan hacer llegar sus sugerencias a través de esas plataformas digitales. Debéis recurrir a vuestros niños y jóvenes para que se conviertan en vuestros cooperadores, poniendo a vuestro alcance su destreza en el uso de las nuevas tecnologías, a las que tenemos que acostumbrarnos, porque la covid-19 ha generado una serie de protocolos y formas de actuar, que han venido para quedarse, y que podemos utilizar para seguir viviendo la sinodalidad y participar en esta experiencia eclesial. Sabemos bien que uno de los objetivos del Sínodo Diocesano en Ourense es conseguir que nuestra Iglesia sea misionera y un testigo creíble en esta sociedad que, atomizada por el proceso de secularización y cansada de un cierto paganismo consumista, está cayendo en una de las peores actitudes: la indiferencia ante el hecho religioso cristiano.

Ante esta situación, no debemos permanecer insensibles, todo lo contrario. Es hora de poner en marcha esa “Iglesia en salida” que juntos soñamos y sólo juntos podemos hacer que se convierta en una realidad propositiva en medio de nuestros pueblos y para el bien de sus gentes, nuestros hermanos, que tantas veces caminan “como ovejas sin pastor”. Hoy, más que nunca, necesitamos que el Sínodo Diocesano nos ayude a discernir nuestra manera de actuar a la luz del Evangelio y que lo hagamos potenciando la comunión, porque los auténticos sueños, que son los que Dios tiene sobre nosotros, son siempre “sueños para construir juntos”. El Sínodo Diocesano es un “sueño” que el Don de Dios ha querido y quiere para esta Iglesia en Ourense. Descubrimos con gozo que es un sueño que tiene dimensión universal, ya que el papa Francisco también nos invita a que con nuestro Sínodo participemos en el Sínodo de la Iglesia Universal, cuya apertura tendrá lugar en el Vaticano el próximo 9 y 10 de octubre de este año. A este acontecimiento se unirá nuestra Diócesis el domingo 17 de ese mismo mes, tan misionero, como deseo expreso del Santo Padre para toda la Iglesia.

Con afecto os bendice y se encomienda a vuestras oraciones,

J. Leonardo Lemos Montanet

Bispo de Ourense